

Yo creo que lo harán, aunque sea en una forma imprevisible. Creo que es preciso que así sea. La *libido sciendi*, el deseo de conocimiento, el ansia de comprender, está grabada en los mejores hombres y mujeres. También lo está la vocación de enseñar. No hay oficio más privilegiado. Despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los nuestros; inducir en otros el amor por lo que nosotros amamos; hacer de nuestro presente interior el futuro de ellos: esta es una triple aventura que no se parece a ninguna otra. Conforme se amplía, la familia compuesta por nuestros antiguos alumnos se asemeja a la ramificación, al verde de un tronco que envejece (yo tengo alumnos de los cinco continentes). Es una satisfacción incomparable ser el servidor, el correo de lo esencial, sabiendo perfectamente que muy pocos pueden ser creadores o descubridores de primera categoría. Hasta en un nivel humilde —el del maestro de escuela—, enseñar, enseñar bien, es ser cómplice de una posibilidad trascendente. Si lo despertamos, ese niño exasperante de la última fila tal vez escriba versos, tal vez conjeture el teorema que mantendrá ocupados a los siglos. Una sociedad como la del beneficio desenfrenado, que no honra a sus maestros, es una sociedad fallida. Pudiera ser que fuera este el significado radical de la pornografía infantil. Cuando hombres y mujeres se afanan descalzos en buscar un Maestro (un frecuente tropo hasídico), la fuerza vital del espíritu esta salvaguardada.

Hemos visto que el Magisterio es falible, que los celos, la vanidad, la falsedad y la traición se inmiscuyen de manera casi inevitable. Pero sus esperanzas siempre renovadas, la maravilla imperfecta de la cosa, nos dirigen a la *dignitas* que hay en el ser humano, a su regreso a su mejor yo. Ningún medio mecánico, por expedito que sea; ningún materialismo, por triunfante que sea, pueden erradicar el amanecer que experimentamos cuando hemos comprendido a un Maestro. Esa alegría no logra en modo alguno aliviar la muerte. Pero nos hace enfurecernos por el desperdicio que supone. ¿Ya no hay tiempo para otra lección?

La argumentación debe terminar con poesía. Nadie ha reflexionado más profundamente sobre las cuestiones que he tratado de plantear que Nietzsche:

¡Oh, hombre! ¡Presta atención!

¿Qué dice la profunda medianoche?

«Yo dormía, yo dormía —

De un profundo soñar me he despertado: —

El mundo es profundo,

Y más profundo de lo que el día ha pensado.

Profundo es su dolor. —

El placer — es más profundo aún que el sufrimiento:

El dolor dice: ¡Pasa!

Mas todo placer quiere eternidad —,

— ¡Quiere profunda, profunda eternidad!».

Un titubeante intento de traducción, cuando ya hay uno supremo: en la versión de Mahler. De Maestro a Maestro.

¿Persistirán los tipos de relaciones entre Maestros y discípulos tal como los he bosquejado?

La necesidad de transmitir conocimientos y habilidades, el deseo de adquirirlos, son unas constantes de la condición humana. El Magisterio y el aprendizaje, la instrucción y su adquisición tienen que continuar mientras existan las sociedades. La vida tal como la conocemos no podría seguir adelante sin ellos. Pero ahora se están produciendo cambios importantes.

La autoridad y el papel exponencial de las ciencias y de la tecnología en los asuntos del planeta son mucho más profundos que la economía de lo pragmático. Constituyen un movimiento tectónico, una modificación de la fuerza de gravedad de tanto alcance como la erosión gradual, en la mentalidad adulta, de las concepciones religiosas del mundo, una erosión precisamente correlativa a la soberanía de lo científico. He hecho referencia a los testimonios de que ya se están invirtiendo energías y excelencia intelectual en las ciencias más allá de cualquier otro empeño. Este nuevo equilibrio se generalizará. La computación, la teoría y búsqueda de la información, la ubicuidad de Internet y la red global hacen realidad algo que es mucho más que una revolución tecnológica. Suponen transformaciones en la conciencia, en los hábitos perceptivos y de expresión, de sensibilidad recíproca, que apenas estamos empezando a calibrar. En múltiples terminales y sinapsis, se conectarán con nuestro sistema nervioso y estructuras cerebrales (posiblemente análogos). El *software* será interiorizado, por así decirlo, y la conciencia tendrá quizá que desarrollar una segunda piel.

La influencia en el proceso de aprendizaje es ya trascendente. En su consola, el colegial entra en mundos nuevos. Lo mismo hace el estudiante con su ordenador portátil y el investigador navegando en la red. Las condiciones de intercambio colaborador, de almacenamiento de memoria, de transmisión inmediata y representación gráfica han reorganizado ya numerosos aspectos de la *Wissenschaft*. La pantalla puede enseñar, examinar, demostrar, interactuar con una precisión, una claridad y una paciencia superiores a las de un instructor humano. Sus recursos se pueden difundir y obtener a voluntad. No conoce el prejuicio ni la fatiga. A su vez, el aprendiz puede preguntar, objetar, replicar, en una dialéctica cuyo valor pedagógico tal vez llegue a superar el del discurso hablado.

Como si se tratase de una reacción a todo esto, el recurso al sabio terapéutico, al gurú y al chamán más o menos secularizados está muy extendido, sobre todo en el insomne Occidente. Nunca ha habido más curanderos, abastecedores de lo oculto, *consiglieri* espirituales —la designación mafiosa es oportuna— o astutos charlatanes. He aludido a la oleada, artificiosa pero innegable, de «orientalismo» y misticismo. Aún más influyentes son las reticulaciones de lo psicoanalítico, las rivalidades entre sus Maestros, los conciliábulos de dependencia y discipulazgo, que dan color a tantas facetas de nuestro lenguaje y costumbres. Aquí, aunque con un disfraz que viene a ser casi una parodia, florecen los temas clásicos del Magisterio y el discipulazgo. En cierto modo, la New Age, el clima posfreudiano, son presocráticos. Pitágoras y Empédocles se sentirían a sus anchas.

El aura carismática del profesor inspirado, el romance del personaje en el acto pedagógico persistirán indudablemente. En un nivel serio, sin embargo, los ámbitos en los que se apli-

carían parecen ser cada vez más restringidos. De manera creciente, la transmisión de conocimiento y de *tejné* se basarán en otros medios y modos de participación. La fidelidad y la traición humanas, los mandamientos zaratustrianos de amor y rebelión, que se exigen mutuamente, son extraños a lo electrónico.

Ha habido pocas Maestras, aunque eminentes. Desde Siracusa, Atenas, Antioquía, ha habido abundantes discípulas. Esta «demografía» se está alterando ahora. En el estudio de la literatura y las lenguas modernas, las muchachas superan ya en número a los jóvenes. La feminización se está extendiendo en las humanidades y las artes liberales en su totalidad. Las mujeres están luchando por el lugar que en justicia les corresponde al sol de la ciencia y la tecnología. La estructura patriarcal inherente a las relaciones de Maestro y discípulo está en retirada. La identidad de género y la demarcación sexual se están tornando borrosas. No obstante, los constructos de fidelidad y traición, de *auctoritas* y rebelión, de imitación y rivalidad que hemos considerado están abocados a cambiar. Con respecto a sus seguidores varones —hasta el término «discípulo» podría adquirir una resonancia diferente—, la maestra desarrollará unos reflejos, expectativas y movimientos simbólicos de un tipo novedoso y complejo. Recíprocamente, el aprendiz varón llegará a adoptar actitudes al mismo tiempo devotas y, en cierto sentido, neutrales. Las discípulas de mujeres se encontrarán tal vez en una situación a la vez simplificada e inestable, aun sin tener en absoluto en cuenta el pulso erótico, que añade una complicación. Hasta ahora, la bibliografía al respecto es escasa y marginal. He citado los testimonios que hay sobre Nadia Boulanger y Simone Weil. Hay premoniciones en las obras de ficción de Iris Murdoch. No hay duda de que los materiales aumentarán. Hasta ahora, sólo podemos aventurar conjeturas acerca de unos valores y tensiones sin precedentes.

La tercera mutación es la más importante. Es asimismo la más difícil de definir. Sea cual fuere su contexto étnico, sea cual fuere la civilización relevante, Magisterio y discipulazgo han estado profundamente fundados en la experiencia y el culto religiosos. En sus orígenes, las lecciones de los Maestros eran las del sacerdote. El paso a la filosofía presocrática y clásica fue casi imperceptible. El *magisterium* del Maestro medieval y renacentista era formalmente el del doctor en teología, el de Tomás de Aquino o san Buenaventura en su cátedra. La herencia teológica se debilitó pero sus convenciones se mantuvieron en vigor durante toda la modernidad secular. Estas formas, estas convenciones del espíritu estaban reforzadas por una veneración evidente en sí misma, apenas sometida a examen. Venerar al *Maitre* propio era el código natal y natural de relación. Cuando la «veneración» y la deferencia palidecen, queda un respeto que se deriva íntimamente de ellas, una sumisión voluntaria. En un sentido envolvente, cuya definición en Occidente se remonta a Aristóteles y a Cicerón, el dinamismo es el de la admiración, del orgullo admirado por la talla del Maestro y por su aceptación del discipulazgo propio. «Este es nuestro maestro famoso, silencioso y muerto, / al que llevamos sobre nuestros hombros.»

Yo describiría nuestra época actual como la era de la irreverencia. Las causas de esta fundamental transformación son las de la revolución política, del levantamiento social (la célebre «rebelión de las masas» de Ortega), del escepticismo obligatorio en las ciencias. La admiración —y mucho más la veneración— se ha quedado anticuada. Somos adictos a la envidia, a la denigración, a la nivelación por abajo. Nuestros ídolos tienen que exhibir cabeza de barro. Cuando se eleva el incienso lo hace ante atletas, estrellas del pop, los locos del dinero o los reyes del crimen. La celebridad, al saturar nuestra existencia mediática, es lo contrario de la



Rafael Sanzio, detalle central del fresco *La Escuela de Atenas* (1509), con Platón (como Leonardo da Vinci) y Aristóteles, en la Stanza della Segnatura en el Palacio Apostólico del Vaticano.

*fama*. Que millones de personas lleven camisetas con el número del dios del fútbol o luzcan el peinado del cantante de moda es lo contrario del discipulazgo. En correspondencia, la idea del sabio roza lo risible. Hay una conciencia populista e igualitaria, o eso es lo que hace ver. Todo giro manifiesto hacia una elite, hacia una aristocracia del intelecto evidente para Max Weber, está cerca de ser proscrito por la democratización de un sistema de consumo de masas (democratización que comporta, sin duda alguna, liberaciones, sinceridades, esperanzas de primer orden). El ejercicio de la veneración está revirtiendo a sus lejanos orígenes en la esfera religiosa y ritual. En la totalidad de las relaciones prosaicas, seculares, la nota dominante —a menudo tonificadamente americana— es la de una desafiante impertinencia. Los «monumentos intelectuales que no envejecen», quizá incluso nuestro cerebro, están cubiertos de *graffiti*. ¿Ante quién se ponen en pie los alumnos? *Plus de Maitres* (¡no más maestros!) proclamaba una de las consignas que florecieron en las paredes de la Sorbona en mayo de 1968.

Cientificismo; feminismo; democracia de masas y sus medios de comunicación. Las «lecciones de los Maestros» ¿pueden, deben sobrevivir al embate de la marea?